siglo XVI, Juan de Oñate cerró la era de las exploraciones colonizando el Nuevo México.

En el curso de unas de tantas osadas excursiones que, durante el siglo XVI se dirigieron hacia el Norte, rumbo que ejercía una atracción mágica y misteriosa en el ánimo de los osados exploradores de aquella época, fué descubierto y recorrido por primera vez, en fecha muy difícil de fijar, el territorio chihuahuense.

Uno de los primeros capítulos de la Historia de Chihuahua debe delinear aquellas excursiones esencialmente aventureras que en su territorio hicieron aquellos primeros exploradores que caminaban siempre adelante, sin arredrarse ante miserias, privaciones y peligros.

Difícil en alto grado es la ejecución de este capítulo. Lo aventurado de las excursiones, la falta de denominaciones geográficas que identifiquen los ríos, las montañas y los diferentes parajes, la ausencia de medios topográficos que marquen con exactitud la situación de los lugares y permitan trazar, siquiera de un modo aproximativo, el itinerario de los exploradores, la gran escasez de documentos relativos á este período, pues como fácilmente se colije, no existiendo todavía en las regiones chihuahuenses ninguna organización política ó civil, fuera ocioso buscar, en archivos que no existían en esa época, documentos relativos á las expediciones; las pocas relaciones que de ellas existen, escritas por alguno de los exploradores, son muy difíciles de interpretar y comprobar por lo vago de las descripciones, por la imposibilidad de identificar bien los sitios, y por la muy natural exageración que debía mezclarse al relato de hechos tan sorprendentes, y que tanto debieron impresionar á los hombres intrépidos y sencillos que los consumaron.

El capítulo de la Historia de Chihuahua que narre los albores del régimen colonial tendrá que ser oscuro en muchos puntos; y sólo podrá completarse por medio de conjeturas más ó menos plausibles; mas este achaque no es peculiar á la historia que proyectamos escribir, desgraciadamente es común á todas las historias que se remontan hasta los orígenes. A medida que las épocas se alejan, los documentos se hacen más raros, llegan á desaparecer del todo, y el historiador se ve, mal de su agrado, obligado á cavilar y á conjeturar, cuando sólo debiera relatar hechos bien comprobados. Conjeturas y no otra cosa se hacen cuando se quiere trazar la Historia de España anterior á la colonización fenicia, cuando se quieren averiguar los orígenes de las tribus que poblaron primero la Galia ó la Germania, ó cuando, sondeando la negra oscuridad de remotísimos siglos, se quieren determinar los primeros pobladores del Lacio, ó de la Hélada.

Antes del capítulo de la Historia de Chihuahua á que nos estamos refiriendo, y que es imposible ejecutar con la perfección que reclama el método histórico, hay que trazar otros capítulos que han de antecederle, y cuya omisión fuera infringir gravemente á los preceptos del arte moderno de escribir la Historia.

Michelet dijo, en alguna ocasión, que la geografía y cronología son los dos ojos de la Historia. Es obvio, que, para tener una idea clara de un suceso cualquiera, conviene formarse un concepto cabal del teatro en que los sucesos se desplegaron; nadie podrá darse cuenta de una batalla si no conoce bien la topografía del sitio en que se dió. Por tanto, la Historia de Chihuahua ha de abrirse con un capítulo preliminar sobre la geografía del vasto y rico Estado de la federación mexicana que surgió, ameno y pintoresco, del seno de lo desconocido, durante las excursiones que, en el primer siglo de la conquista, hicieron rumbo al Norte audaces exploradores.

Mas la ciencia moderna nos enseña que el suelo que sirve de asiento á las naciones y de teatro á su agitada historia, no es inmovible é inmutable, sino que experimenta profundos cambios en el transcurso de los tiempos y esos cambios los relata y expone de un modo ordenado la ciencia geológica. Antes de escribir la Historia de Chihuahua, se ha de intentar hacer la de su suelo, ó en otros términos, la geología chihuahuense debe ser, conforme á un plan metódico y científico, el segundo capítulo de dicha Historia.

La Historia de Chihuahua, ofrece un carácter peculiar, debido á un factor de suma importancia que, durante siglos, intervino en ella de un modo constante, trazando páginas sangrientas en sus anales, y cuyo influjo se prolongó hasta nuestros días, hasta hace menos de treinta años. La vasta extensión del territorio chihuahuense no estaba yerma, desierta y solitaria; estaba poblada por tribus salvajes distintas

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

entre sí; estas tribus, á lo que parece, tienen conexiones con los mount-builders del territorio de lós Estados Unidos, y con otras del suelo mexicano que recorrían territorios situados al Sur del trópico de Cáncer. Es completamente incierto el origen de tribus tales, no todas eran completamente errantes, algunas vivían en habitaciones de piedra, y dejaron de su paso, como imponentes huellas, las grandiosas ruinas de Casas Grandes.

Estas tribus, belicosas y guerreras, peleaban entre sí y opusieron un obstánculo serio y permanente á los progresos de la colonización, y fueron una rémora al adelanto de las poblaciones; aún después de realizada la Independencia de la nación mexicana, asolaban el territorio del Estado de Chihuahua, y tal plaga se extendió hasta el año de 1882, en que el último de los caudillos apaches fué capturado y derrotado después de la victoria de Tres Castillos, ganada por el ilustre D. Joaquín Terrazas diestro perseguidor de enemigos tan terribles.

Durante el período colonial la presencia de tales tribus, y la necesidad de dominarlas y reducirlas á la vida civil, imprimieron á la Historia chihuahuense un sello peculiar y característico. El Virreinato de la Nueva España empleó dos géneros de medios para conseguir tan civilizadores fines: por una parte, el empleo de la fuerza material, á este efecto se establecieron puestos militares, llamados presidios, diseminados en la vasta extensión del territorio, con el objeto de escudar y proteger las poblaciones de aquellas comarcas apartadas; por otro lado se recurrió á la caritativa propaganda evangélica, y así tuvieron origen las misiones; los padres franciscanos, y los de la Compañía de Jesús se encargaron de obras tan caritativas; las misiones de los primeros fueron las más numerosas en el territorio chihuahuense, pues las de la Compañía de Jesús sólo ocuparon, hacia el Noroeste del Estado, la región montañosa, conocida durante el período colonial con el nombre de Pimería Alta.

El celo evangélico de los padres misioneros contribuyó mucho á propagar la civilización en esas apartadas regiones. La caridad de muchos de ellos, la instrucción que les era común facilitaron el estudio de aquellas comarcas, el de las tribus salvajes y el de la fauna y flora locales, pues los padres, dotados de grande amor al estudio, escribieron relaciones preciosas, sobre los diferentes particulares aludidos antes; entre los misioneros jesuitas adquirieron gran celebridad el padre Salvatierra y el padre Kino, de nacionalidad alemana este último, cuyo nombre tetuón fué castellanizado y desnaturalizado en la dicha forma. Cuando en 1767, los padres jesuitas fueron extrañados de los dominios de la corona española, los franciscanos le substituyeron en sus misiones, y de esta suerte no ocurrieron en el régimen de ellas los trastornos que hubieran podido esperarse de una medida de gobierno tan vigorosa y tan puntualmente cumplida.

Ya se comprende por estas líneas, cuan importante es que en un plan de Historia de Chihuahua haya un capítulo de arqueología y etnografía de las razas que tan notable, aunque funesto papel, representaron en su Historia. Por desgracia, como lo explicaremos más adelante, tales capítulos por la escasez de datos, son muy difíciles de ejecutar.

Trazados los tres capítulos preliminares á que nos hemos referido, y que darían á conocer la geografía, la geología y la etnografía chihuahuenses, comenzaría la parte histórica propiamente dicha, narrando de seguida el primer período del régimen colonial, subdividido en tres capítulos: el primero llegaría hasta el año de 1600, en que los límites de los dominios españoles comprendían ya la región meridional de Chihuahua, y estaban marcados por una línea que, comenzando al Este en los establecimientos mineros del Valle de San Bartolomé, hoy Allende, terminara por el Oeste en el pueblo de San Miguel, en la provincia de Sinaloa no muy lejos de la moderna población de Culiacán.

Aunque parece probable que los establecimientos mineros del Valle de San Bartolomé se remontan por lo menos hasta el año de 1563, no cabe duda que al finar el primer siglo de la conquista, podía considerarse la línea mencionada más arriba como el límite Norte de las tierras dominadas efectivamente por la corona de España, y cuyos pobladores estaban sometidos á un régimen político y civil.

El material de este capítulo estaría formado por la relación de las excursiones exploradoras que recorrieron el territorio del Estado en esa época: á saber, los destacamentos que, hacia el Este, envió Nuño de Guzmán, en la excursión que capitaneó en 1531, y que llegó hasta el río Yaqui; es muy probable que algunos de estos destacamentos fueron

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.

los primeros que penetraron al territorio del Estado de Chihuahua y recorrieron comarcas situadas al Sudoeste; la aventurera y casi novelesca excursión de los compañeros de Pánfilo de Narvaes en 1536, que separados del cuerpo principal de expedicionarios y capitaneados por Cabeza de Vaca, erraron mucho tiempo por Texas, Nuevo México y Chihuahua hasta incorporarse en la colonia de San Miguel de Sinaloa. La expedición, mucho más regular de Francisco de Ibarra en 1563, que partió de Sinaloa con rumbo á Nuevo México y que según conjetura Bancroft recorrió en el territorio de Chihuahua la región de Casas Grandes.

Más importantes y mejor conocidas son las excursiones que atravesaron de Sur á Norte el territorio del Estado, encaminándose á Nuevo México en los últimos veinte años del siglo XVI. En 1581, el P. Agustín Rodríguez, fraile franciscano, seguido de un puñado de animosos compañeros, partió del Valle de San Bartolomé, siguió la margen derecha del Florido, luego la del Conchos hasta su unión con el río Bravo del Norte, que los excursionistas descubrieron y llamaron Guadalquivir. El año siguiente, siguiendo el mismo itinerario se efectuó la excursión de Espejo, y en 1598, después de largos preparativos y retardos, tuvo lugar la de Juan de Oñate, notable en lo que toca al conocimiento del territorio de Chihuahua, porque sólo siguió el derrotero de Rodríguez y Espejo hasta un punto del Conchos situado casi sobre el paralelo de la actual ciudad de Chihuahua; desde este lugar se encaminó hacia el Norte, con ligera inclinación al Oeste, hasta alcanzar el río Bravo en el lugar en que se encuentra Ciudad Juárez, sitio que los excursionistas denominaron El Paso, porque en ese lugar pasaron el río del Norte para penetrar al territorio de Nuevo México, objeto de su expedición.

Aunque la mayor parte de estas excursiones estaban destinadas á otras comarcas distintas del territorio de Chihuahua, y principalmente á Nuevo México, tienen gran importancia en la primitiva Historia chihuahuense porque sirvieron para dar á conocer la región, trazando en ella derroteros y facilitando la busca y explotación de centros mineros, que fué el resorte más poderoso que dió impulso á la colonización chihuahuense.

La segunda sección comprenderá un capítulo que relate

los sucesos ocurridos, de 1600 á 1700, en el territorio chihuahuense, la parte de más bulto de sucesos tales se reduce á la monótona relación de las depredaciones de los salvajes, á su persecución por las compañías presidiales, á los progresos alcanzados por los padres misioneros en sus caritativas y apostólicas empresas; al lado de hechos tan tristes como los primeros, los amigos de la civilización leerán con agrado, en el capítulo de que hablamos, el relato del descubrimiento y explotación de regiones mineras que, poco á poco, fueron haciendo de Chihuahua una región afamada por sus riquezas. Desde los comienzos de esta centuria había ya reales de minas en el Parral, Santa Bárbara y Huejuquilla; al fin de ella se conocían ya y explotaban las ricas minas de Santa Eulalia, así como las de Cusihuiriáchic, colocadas todas en el centro del Estado; es de creerse que ya se conocían, y acaso se explotaban algunas vetas de la Sierra Madre.

El tercer capítulo se extenderá desde el año de 1700 hasta el de 1761, en que termina el primer período de la Historia colonial chihuahuense: los progresos son manifiestos, las minas de Santa Eulalia y Santa Rosa de Cusihuiriáchic se explotan con gran provecho; en 1719, con el nombre de San Felipe el Real, se erigió en villa el pueblo de San Francisco de Chihuahua, fundado en 1707; ese pueblo es hoy Chihuahua, capital del Estado; en la misma época progresan las poblaciones y Reales de Minas del Sudeste del territorio, y se descubren y explotan varias vetas de la Sierra Madre.

Quedó dicho más arriba cómo se subdividirá la época correspondiente al segundo período del régimen colonial.

En 1810 se inicia en el Virreinato de la Nueva España una era nueva, en que, después de once años de tenaz y desaforada lucha, el vasto territorio había de emanciparse de la corona de España, y constituirse en nación independiente y libre. Hecho tan culminante, determina en la Historia de Chihuahua una sección de mucho interés, que muestra el papel que el futuro Estado de Chihuahua desempeñó en el trágico drama. Una circunstancia de mero azar quizo que en la capital de nuestro Estado fuesen juzgados y ejecutados algunos de los primeros caudillos de nuestra inde-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.

pendencia, entre los cuales figuraba nada menos que el ilustre cura Hidalgo, su glorioso promovedor.

***

Con el año de 1821 comienza para Chihuahua, y para la nueva Nación Mexicana, el importante período de su historia independiente. En adelante Chihuahua no será ya fracción de un dominio de la corona de España, sino parte integrante de la Nación Mexicana, ya no tardará en constituirse en uno de los Estados de la Federación. La Historia de Chihuahua durante este gran período, experimenta, como era de suponerse, el influjo de los sucesos políticos que ocurren en el centro de la nación; mas no los sigue de un modo pasivo sino que en muchos casos tales sucesos provocan en el Estado de Chihuahua fenómenos de reacción, que son como las palpitaciones de su vida autónoma, y dan colorido y animación á su Historia local.

Chihuahua, de extensión territorial vastísima, muy apartado del centro de la República, con el cual sólo le ligan comunicaciones lentas y difíciles, no experimenta de un modo inmediato las agitaciones políticas del centro mexicano; sucedió en ocasiones, tan inquieta é inestable era en esos días la situación de ese centro político, que cuando la noticia de un cambio de administración llegaba al apartado suelo chihuahuense, el nuevo Gobierno había sido ya derrocado en México y substituído por otro.

Por otro lado, la riqueza minera del Estado, sus vastas dehesas que le hacen propio para la cría de ganados, sus productos agrícolas, le proporcionaban elementos de riqueza peculiares á él. A ellos se debió que, á pesar del grande obstáculo que oponían á su prosperidad las depredaciones de los bárbaros, el Estado, aunque paulatinamente, prosperase de un modo continuo.

No tardó Chihuahua en ser un nuevo foco intelectual encendido en la vasta extensión de la República, el cual, aunque al principio sólo emitía ténues destellos, formó para los hijos del Estado un medio ambiente de cultura y adelanto en la fructífera vía del saber.

Hasta la consumación de la independencia, Chihuahua

había carecido de imprenta y de todo establecimiento de segunda enseñanza; en lo intelectual dependía completamente de Durango, en cuyo seminario estudiaban los hijos del Estado que querían profesar las artes liberales.

Apenas consumada la independencia de la nación, gozó Chihuahua los beneficios de la imprenta. No tardó mucho, merced al ilustrado padre Irigoyen, en poseer, en el Instituto Literario del Estado, un raudal de cultura, que había de proporcionar á los jóvenes chihuahuenses los rudimentos de la ciencia.

En las épocas luctuosas de la Nación, Chihuahna tuvo plena conciencia de sus deberes, y sin esperar auxilios del centro de la República, exhausto de recursos, y colocado á gran distancia, contribuyó, con sus propios elementos, á la defensa del territorio del Estado y de la patria. Así, durante la funesta guerra de 1847, la desorganización política de la República hizo imposible que el Gobierno de la Nación acudiera á la defensa del Estado, y los hijos de éste, abandonando las dulzuras de la vida civil, del hogar doméstico, presentaron sus denodados pechos como escudo de la patria, y blanco á los tiros del invasor. No podían esperar que el triunfo coronara sus esfuerzos, pocos y sin recursos eran ellos, numerosos y bien provistos de medios los invasores; pero de todos modos, las batallas del Sacramento y de Santa Cruz de Rosales, demostraron que los chihuahuenses, sin contar el número, ni tener en cuenta el poder de sus contrarios, acudieron al sitio con las armas en la mano, dispuestos á oponerse al paso del invasor.

En esos tristes días el patriotismo de los hijos de Chihuahua rayó en lo heroico. Once años después, cuando en 1858 la Constitución de 1857 fué hollada, y el Plan de Tacubaya trazó el programa de una administración reaccionaria y opuesta á la ley fundamental y á sus progresistas principios, los hijos de Chihuahua prestaron su contingente al triunfo de la buena causa. Muchos jóvenes chihuahuenses, entre los cuales cabe citar al glorioso mutilado Carlos Pacheco, se unieron al intrépido coronado para combatir á la reacción adueñada de la capital del Estado, y luego abandonaron sus hogares y, siguiendo al mismo liberal ilustre fueron á militar al centro de la República en favor de la Constitución y de la Reforma. Entre tanto, dentro del mis-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.

mo Estado, otra parte de la juventud chihuahuense, entre la cual comenzó á figurar desde entonces el esclarecido Gral. D. Luis Terrazas, sostuvieron é hicieron triunfar la causa liberal.

Casi inmediatamente después comenzó para la Nación Mexicana una época más aciaga y luctuosa aún. El César Francés, violando sagrados compromisos, invadió el territorio nacional, le ocupó militarmente y pretendió apoyar en bayonetas francesas el trono del llamado Emperador Maximiliano. Como durante la guerra de tres años, los hijos de Chihuahua acudieron al llamamiento de la patria, de la libertad y del deber; varios jóvenes de las mejores familias se armaron como voluntarios, entre ellos figuró un hermano del que escribe estas líneas, y formaron un contingente armado que se puso á las órdenes de D. Jesús González Ortega. Por desgracia, en la batalla de Maijoma, fueron destruídos y dispersados estos elementos de la defensa nacional.

No se contentó Chihuahua con lo que va dicho, en su mismo territorio se organizaron elementos de resistencia: el ilustre Ojinaga adquirió en esta ruda brega justa y merecida celebridad y por fin, el 25 de Marzo de 1866, el señor Gral. D. Luis Terrazas, secundado por los jefes Félix Díaz, Platón Sánchez y otros, se apoderó á viva fuerza de la capital del Estado, arrancando de ella la bandera imperialista, y poniendo fin en el territorio de Chihuahua á la sangrienta mascarada del llamado Imperio.

Durante esa época, aciaga aunque gloriosa de nuestra historia, cupo en suerte á Chihuahua desempeñar un papel brillante y envidiable, ofreció un asilo inviolable y seguro al ilustre Benito Juárez, y á su gobierno trashumante y fugitivo. La sociedad chihuahuense recibió con afecto al gran Presidente, mientras que desdeñó á los jefes franceses Brincourt y Billot, y á los secuaces del Gobierno imperial, que sólo de un modo efímero, y contra la voluntad nacional, se adueñaron por la fuerza del territorio.

Restablecida la República, Chihuahua continuó bajo mejores auspicios por la senda del adelanto. Confiada la administración política á las expertas y hábiles manos del señor Gral. Terrazas, se disfrutaron algunos años de paz y tranquilidad. En 1876, se inició en el territorio de la República, se extendió por grande extensión de ella y triunfó

al fin, una revolución armada, destinada á implantar en el país una administración que, atendiendo más á las mejoras materiales que á abstrusas cuestiones de política abstracta, regenerase á la Nación Mexicana cimentando el orden y la paz sobre la sólida base de la prosperidad pública creando el amor al trabajo, llamando al capital extranjero, construyendo ferrocarriles y telégrafos, cultivando el suelo, explotando las minas, favoreciendo la naciente industria, haciendo valer la propiedad, y atrayendo á nuestro yermo y despoblado territorio la sana y fecundante emigración extranjera, á la que la poderosa nación vecina debe en gran parte su engrandecimiento, y la República Argentina la prosperidad de que, con tanta razón, se ufana en nuestros días.

Esta revolución armada, la última que agitó nuestro suelo, correspondía á una necesidad social tan manifiesta y urgente, y estaba encabezada por un caudillo tan prestigiado, que alcanzó pronto el triunfo, abriendo para la Nación la era de paz y rápido y sólido progreso de que todavía disfruta.

Con motivo de este movimiento revolucionario hubo grande agitación en la capital del Estado de Chihuahua. Difíciles y vacilantes fueron los primeros pasos dados por el Estado en la nueva era pacífica que se inauguraba en la República; pero al cabo de pocos años pudieron notarse ya sus grandes beneficios. El año de 1884, Chihuahua, por medio de las cintas de acero del ferrocarril, se encontraba unida á la capital de la República y á la frontera americana, lo cual la ponía en contacto con el mundo entero. Los hilos telegráficos comunicaban instantáneamente el pensamiento chihuahuense con el que se agitaba en el resto de la Nación, y en la vasta superficie del globo terráqueo. Había cesado para siempre aquel funesto aislamiento que había mantenido á Chihuahua casi incomunicado del resto de la Nación y del mundo entero. Ya no era preciso emprender una larga, peligrosa é incómoda travesía para llegar á la frontera americana, ó para transladarse al centro de la República.

El año de 1882, terminó una de las plagas que más habían desolado el territorto chihuahuense desde la cuna de su historia oponiéndose al incremento de la riqueza rural, y proyectando en los senderos y caminos del Estado de la

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.